
EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata
Buenos Aires, Argentina

El Ñandú Overo o “Cheuqué” en cautividad

Gaia, A. G.

1944

Cita: Gaia, A. G. (1944) El Ñandú Overo o “Cheuqué” en cautividad. *Hornero* 008 (03) : 471-480

www.digital.bl.fcen.uba.ar

Puesto en línea por la Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales
Universidad de Buenos Aires

EL ÑANDÚ OVERO O "CHEUQUE", EN CAUTIVIDAD

Por ANDRÉS G. GIAI

El ñandú overo o cheuqué de los indios pampas, *Pterocnemia pennata* (d'Orbigny), se ha adaptado en muy buena forma a la domesticidad, en una cría experimental efectuada en la Isla Victoria del Parque Nacional de Nahuel Huapí.

Antes de que el lector entre a considerar los resultados a que se ha llegado con esta especie y que se consignan más abajo, será oportuno advertirle, por si desconoce la región donde se han efectuado las experiencias, que ella no presenta en ninguna forma las aptitudes de zona geográfica y climática conveniente; precipitación de 1.600 mm anuales, zona de bosques con excesiva humedad en todas las estaciones menos en verano, pocos campos o parques artificiales con vegetación de pastoreo adecuada y terrenos poco aptos para la nidificación. Estas anotaciones servirán de favor para las cualidades del cheuqué, si los resultados no fueron tan halagüeños como los hemos deseado.

Haré la historia del caso, comenzando la relación en enero de 1942, fecha en que el suscrito tomó a su cargo diecisiete cheuqués de dos años, de edad. Conviene señalar que estos cheuqués (sigamos llamándolos así pues averiguaciones entre los indígenas hacen aceptar el término con propiedad) deben ser hermanos, por lo menos por parte de padre, ya que el origen es una misma nidada. Tenemos así el discutido factor consanguinidad en el comienzo.

A los dos años de edad no presentan definidos caracteres de diferenciación sexual; no hay mayor engrosamiento del cuello en los machos, ni robustez general que los diferencien; no se manifiestan en ninguno de ellos actitudes belicosas y la tropa vive generalmente reunida. La mansedumbre es notable; se criaron « guachos » y como tales se comportan, haciendo temer, como sucede generalmente, en un factor negativo para la reproducción en cautiverio.

Corren los meses de Enero, Febrero y Marzo. Hasta aquí raramente han solicitado comida; se alimentaron con pasto ovillo, trébol y otras hierbas, prefiriendo espigas y flores, y entre estas últimas, las de diente de león. Muy displiscentes para comer; picotazo va, picotazo viene, y de cada cuatro aciertan dos al objeto a que están dirigidos. Son pere-

zosos; caminan con lentitud y pocas carreras si no se los excita. Si el tiempo está caluroso, sombream con las alas abiertas y el plumaje erizado, dando la « picana » al viento. Antes del crepúsculo eligen lugar para dormir; si la noche está templada, a cielo abierto; si fría o tormentosa, al amparo de algún árbol, junto al tronco, de manera que éste los proteja del viento. Son buenos madrugadores; festejan, a la vez que predican un buen día, con algunas cabriolas y unas pequeñas carreras, tendiendo las alas a ras del suelo.

A la entrada del invierno, el estado general es bueno; están casi gordos. Se notan pocas anormalidades; hay crecimiento excesivo de uñas, particularmente la del dedo medio y la del pico, en algunos individuos; posiblemente una deficiencia cálcica. Con una buena tijera se los arregla para que puedan caminar y comer sin dificultad.

Gustan de bañarse en cenizas que dejaron las combustiones de troncos y ramas, siempre que estén secas; echados, ya sobre un costado u otro, toman el polvo con el pico y por derecha e izquierda lo proyectan sobre el lomo, que dejan descubierto bajando las alas. Una media hora de baño sin revolcarse; luego se sientan sobre las tibias, sacudiéndose; por fin se paran, terminan de sacudirse y van en busca de alimento.

Con Abril han llegado los fríos; llueve casi todos los días, y las noches son crudas. No hay más pastos; lo poco que quedaba después de la siega, lo ramonearon los ciervos; así que tenemos a los diecisiete cheuqués rondando la casa. Se les da pan remojado; lo prefieren al maíz y trigo, crudo o hervido, al afrecho y a la carne. Comen de 10 a 12 kilogramos diarios y se satisfacen; también encuentran algo por el suelo y lo aprovechan. No tienen las extravagancias de sus parientes los ñandúes; desprecian los manjares excesivamente sólidos, como ser clavos, recortes de hierro, alhajas, maderas u otras chucherías, apetecidas por aquéllos, y que tanto dan que hablar de su voracidad y de su estómago.

Mayo trae nieve, pero esto no parece molestarlos. Más los afecta la lluvia, que los cala con facilidad. Cuando nieva, suelen andar vagando; cuando llueve buscan refugio y permanecen echados, con el cuello recogido en forma de S sobre el cuerpo. Se muere uno; una investigación revela que es hembra y que el cuerpo está invadido por filarias.

Junio y Julio. A pesar de la buena alimentación enflaquecen visiblemente. No hay ni hubo, posteriormente, señales de reumatismo articular deformante, como en algunos faisanes y en los flamencos.

En Agosto tuvimos novedades. Un individuo comenzó a « bramar », al decir de los paisanos; es el zumbido característico de los machos, en la época del celo. Con ello estábamos en la certeza de que anidarían para la primavera, o por lo menos que se hallaban en condiciones fisiológicas para hacerlo. De ahí la primera comprobación: *que el cheuqué, al tercer año de vida, recién es adulto perfecto.*

Señalemos lo observado a fines de Agosto. De dieciséis ejemplares cinco son machos; engrosamiento del cuello en todos ellos, especialmente hacia la mitad inferior; oscurecimiento del plumaje en esa región. Dos machos mayores en tamaño que las hembras, pero sin exageración; dos iguales al término medio de éstas y uno más pequeño. Uno de los machos medianos se torna belicoso con las personas. Dedico a continuación un párrafo a las manifestaciones de su enojo.



Un macho con su prole. — Foto ANDRÉS G. GIAL.

Su aspecto es curioso, casi grotesco, en sus momentos de ira. Con las alas hacia atrás, en forma de pollera, erizado el plumaje y el cuello como inflado hasta casi el doble del tamaño normal, avanza muy tieso, a paso marcial, golpeando el suelo con las patas y emitiendo resoplidos como los patos criollos. Si se lo deja aproximar, ataca a picotazos, y acertando uno, se empecina en no largar, tratando de apoyar el pecho; si lo logra, comienza el ataque con las patas, hacia adelante, «estribando» fuertemente para herir con las uñas. Tomándolo por la garganta y manteniéndolo alejado, se lo anula; tiene tan poca fuerza en el cuello, que un niño lo sujetaría con facilidad. Largándolo vuelve al ataque y se hace necesario el rigor para ahuyentarlo. Conviene saber que no son agradables sus picotazos; lastiman, y más si toman la piel al sesgo; con las uñas pueden producir heridas de consideración y hasta matar otros animales, como se verá más adelante.

Cabe aquí señalar un episodio que dice de la poca inteligencia de la especie. El macho a que me refería, me atacó cierta tarde. En el lugar se encontraba un alambre para tender ropa, con varios broches *ad hoc*; se me ocurrió hacerle picar uno de esos broches, para que me dejara tranquilo. Se enfureció con el adminículo y lo zamarreaba, haciéndolo correr de una punta a otra del alambre. Por una de tantas casualidades,

se desprendió el broche y quedó adherido a su maxilar superior. Estirando cuanto más podía el cuello hacia arriba y resoplando cada vez con más furia, se trabó en singular batalla con un enemigo imaginario; es indudable que el broche representaba para él la cabeza y el pico del contendiente. Así anduvo, furioso, más de dos horas, yendo y viniendo, con mil contorsiones y balanceos, cual si estuviera empeñado en lucha con un enemigo real que le respondía. Al fin hubo que agarrarlo para librarlo del objeto que despertó en él tanta belicosidad.



Una nidada de cinco hembras. — Foto ALBERTO ANZIANO.

A principios de Setiembre se encontraron varios huevos por el campo; los primeros « guachos ». He aquí una segunda comprobación: *los huevos puestos fuera del nido son, generalmente, anteriores a la reunión de los machos con las hembras y por consiguiente infértiles*. Para esa fecha se aumentó la alimentación, y, como ya brotaban las hierbas, mejoraban rápidamente de estado físico. Comenzaron los preliminares del celo, en una forma más vale silenciosa, automática. Los cheuqués se dividieron en cuatro grupos, que pastaban alejados unos de otros. Un macho con cinco hembras, el belicoso con dos, otro con tres y finalmente el pequeño con una. Un macho mediano quedó aislado, tal vez por debilidad; fué el que presentaba mayor crecimiento anormal de las uñas. Parece, sin que esto tenga certeza, que son las hembras las que eligen y siguen un macho determinado; éste se limita a limpiar la jurisdicción de intrusos. Existe la fuerza de la razón en ellos, pues si otro macho se aventura en campo ajeno, aunque tenga más potencia y habilidad en la pelea siempre es desalojado por el verdadero poseedor, tal como sucede con la avutarda cabeza gris (*C. poliocephala*). A la inversa, la razón de la

fuerza se manifiesta por la circunstancia de que los más fuertes conservan para los suyos los mejores lugares de pastoreo.

La expresión del bramido no parece relacionarse con ninguna circunstancia; lo pronuncian a cualquier hora del día, inclusive de madrugada y al oscurecer. De bien que están pastando, se quedan muy duros, con



El «cheuqué» belicoso y forma de defenderse. — Foto FERNÁNDEZ SEJÓO.

el cuello bien estirado, perpendicular a la tierra, y con la boca cerrada, inician en tono bajo un zumbido semejante al de una sirena o al motor de una lancha, que gradualmente sube de tono; esto dura unos quince segundos; luego descansan unos tres segundos y comenzando por el tono en que terminó el primero, ejecutan otro zumbido de la misma

duración, que finaliza en tono bajo. Luego continúan pastando y de rato en rato repiten la ejecución, hasta cuatro o cinco veces.

La cópula es larga y fatigosa, a la manera de los pavos; maltratan enormemente a la hembra, golpeándola con violencia en el lomo, ya con una pata, ya con la otra, y esto suele durar hasta media hora. Hacen poco caso de importunos. Muchas veces fracasa el cubrimiento, porque al hembra, fastidiada, se retira. Nunca he observado apareamientos muy temprano por la mañana ni muy por la tarde.



Pareja de «cheuqués». — Foto ANDRÉS G. GIAL.

El nido, como el de ñandú, lo construyen en una depresión del terreno que arreglan y redondean]con cuerpo, patas y pico. Esto es menester exclusivo del macho, quien coloca asimismo pastos y palitos en el fondo y alrededor. La confección puede durar varios días y la ejecutan a intervalos largos. Cuando todo está listo, al constructor comienzan a caérsele las plumas de los garrones, algunas del pecho y muchas del abdomen; son las manifestaciones de la cloquera, que duran hasta que la prole se separa definitivamente del progenitor. Ubican los nidos, sin excepción, bajo árboles altos, preferentemente bordeando el bosque, y a veces, como sucedió este año, en lo interior del bosque, entre la maraña.

Veamos algunas observaciones hechas durante el período de la postura. Esta comenzó, considerando los huevos puestos en nidos, el 10 de Setiembre. Varias veces las hembras se echaban, quedando algunos minutos en el nido, y después se levantaban sin haber materializado la es-

tancia. Por fin, como queda dicho, se resolvió un ejemplar a iniciar la postura; nos dió alegría el acontecimiento, pues estaban flojas nuestras esperanzas; habíamos recogido numerosos huevos «guachos», y esto nos hacía temer que no pondrían en los nidos. El huevo recién colocado tenía un bonito color verde cinabrio; así fueron todos. Si están expuestos al sol, palidecen rápidamente, hasta tomar un color ocre claro; si quedan a la sombra, conservan el color verdoso, que se aclara gradualmente, hasta unos diez días. La postura la inició la tropa del macho con cinco hembras, que en once días colocaron veintiséis huevos en el nido correspondiente. Al macho le pareció suficiente esa cantidad y se echó a empollar. Esto sucedía el 22 de Setiembre. Las hembras no se acercaron más al nido.

Ahora lo que sucedió en otra parte. El pequeño cheuqué con su compañera, dominaba en un cipresal de media hectárea, a la costa del lago. Allí en la arena tenía el nido, más hondo que lo acostumbrado. El 17 de Setiembre puso la hembra el primer huevo; al cabo de doce días había cinco más. Una semana quedaron a la intemperie sin que el macho se decidiera a cubrirlos. Entonces sucedió algo interesante; dos de las hembras de las que nos ocupamos en el párrafo anterior, colocaron tres huevos en ese nido ajeno. Digamos que el tiempo no ayudaba a los cheuqués en su primer tentativa de reproducción; llovía continuamente y estaba frío; tal vez sirva esto para explicarnos el abandono que hizo el macho de esa nidada. El nido estaba pasado de agua. Nunca se echó y los huevos se perdieron. En el ejemplar desaparecían los síntomas de la cloquera.

Los otros planteles, uno con dos y otro con tres hembras, iniciaron la postura simultáneamente, pero más tarde: el 4 de Octubre. Aunque resultaba imposible llevar un control exacto, por el temor de que nuestra presencia pudiera ser causa que los alejara, casi puedo asegurar que ponen día por medio. En definitiva, el belicoso se echó el 14 de Octubre con nueve huevos, bajo un ciprés solitario, a pocos metros de un caminito por donde pasan los peones a cada momento. El otro macho, con tres hembras, comenzó a incubar el 15; había nidificado en una ladera, sobre lecho de cenizas, en el lugar más alejado y oculto del parque; quince huevos fueron el producto de sus hembras. Antes de señalar el resultado de las incubaciones, diré lo que he observado sobre el comportamiento de los ejemplares en ese período.

Cuando el macho entra al nido, lo hace con mucha suavidad; pisa a la orilla de los huevos y luego se tira hacia atrás sentándose sobre los tarsos y apoyando la parte posterior del cuerpo en el borde; con precaución se echa sobre la nidada, acomodando los huevos que pueden quedar descubiertos y arrimando cuanto palito o pasto seco esté al alcance del pico; una vez todo en orden, extiende levemente las alas en forma de un cortinado que cubre los bordes del nido, achata el cuerpo

y recoge el cuello, en tal forma, que el mimetismo es perfecto. ¿Cuándo come? A ciencia cierta, no sabría cómo contestarme esta pregunta. El primero que se echó lo hacía por la mañana, durante unos quince minutos en las dos primeras semanas de incubación y hasta media hora en las subsiguientes. El que anidó en la ladera, vigilado durante quince días, discretamente, solamente abandonó el nido por veinte minutos, término medio, en cuatro oportunidades; siempre por la mañana, Pero el belicoso jamás dejó el nido en los cuarenta días de incubación. ¿Puede ser esto posible? Hagamos conjeturas. Podría haberse levantado en momentos en que no era observado, mas esto pudo haber sucedido dos o tres veces, porque no se lo perdía de vista. Cabe la posibilidad de que se alimentara de noche, desconfiando dejar el nido solo por las personas que a menudo pasaban cerca de él; si así lo hacía, era dictado del instinto de defensa, pues, por lo demás, nunca he observado un cheuqué pastar de noche. Lo que puedo asegurar es que alrededor del nido, y hasta donde alcanzaba el pico del macho, no quedaba ni una matita de pasto aprovechable. Más no pude saber.

Los he visto muchas veces dar vuelta los huevos con toda minuciosidad, haciendo correr los de atrás hacia adelante y viceversa. Cuando alguien se arrimaba, quedaban inmóviles; algunos se levantaban cuando me acercaba demasiado; otros, como el belicoso, permanecían en el nido y se defendían a picotazos sin pararse. Es voz corriente entre los paisanos de todas partes, que los ñandúes son celosos de sus nidos y que es suficiente mirarlos, para que los abandonen. En efecto, esto suele suceder, pero no siempre; en el norte de Santa Fe, me ha ocurrido encontrar los nidos deshechos y los huevos desparramados, que estuve curioseando el día anterior; otras veces he llegado a retirar huevos de los nidos, dejando uno de « muestra », y no obstante la tropa continuaba poniendo allí y llegaban a incubar. El cheuqué, por lo menos domesticado, nunca abandona el nido, aunque se le agreguen o se le quiten huevos.

Estábamos a principio de Noviembre y el macho con veintiséis huevos seguía echado en su nido, sin que se produjera ninguna novedad; como no teníamos experiencia sobre el tiempo de incubación, no desesperábamos de conseguir algún resultado. Pero llegó el 10 de Noviembre y el macho abandonó definitivamente la nidada; hice una comprobación que dió el siguiente resultado: siete huevos infértiles, trece abortados, y los seis restantes con el embrión muerto, casi en completo desarrollo. Sin duda intervinieron varios factores: primero, el mal tiempo, frío y lluvioso durante todo el período de la incubación; segundo, el paraje, demasiado frondoso; tercero, el terreno, demasiado permeable y con poca pendiente. También es dable suponer en deficiencias orgánicas; los embriones desarrollados pudieron haber muerto por carecer de la fuerza necesaria para romper el cascarón.

El 24 de Noviembre a mediodía, tuvimos una agradable sorpresa; sobre el lomo del belicoso, manteniendo perfectamente el equilibrio, vimos un pequeño cheuqué parado graciosamente; de a ratos bajaba, daba unas vueltas alrededor del nido y se metía bajo las alas del padre, asomando la cabecita por entre las plumas; más tarde aparecieron tres cabecitas más; tras de ellas la realidad de tres cuerpecitos tambaleantes que se aventuraban a algunos centímetros de la cobija paternal, para regresar a ella presurosos por cualquier movimiento inusitado. Por la tarde fuí a visitar al que se había echado con quince huevos; allí también se había conseguido algo; varias cabecitas me espiaban con curiosidad a través de las cortinas de las alas. No quise averiguar más; sabía que a los cuarenta días de incubación, horas más o menos, hacían eclosión los huevos del cheuqué.

A las 10 del siguiente día, ya estaban los machos paseando con su prole; el belicoso con cinco y el otro con nueve pichones (charitos les dicen por allá). Los primeros días van todos como pollitos, donde el macho les indica la comida, sin dejar por esto de largar picotazos aquí y allá, donde ven una mosca o algo que les llame la atención, ya sean trapos o papeles con colores vivos, que abandonan cuando el gusto les acusa que no es elemento alimenticio. Generalmente el padre va adelante; cuando se adelanta demasiado, vuelve al encuentro de la cría, la reúne y echa otra vez a andar. De tiempo en tiempo se detiene, para darle descanso, buscando sombra si el sol quema; allí se echan todos mientras el macho vigila. Adoptan diversas posiciones; unos se tumban de costado, otros se sientan sobre los garrones y algunos se echan con cuello y patas estirados en línea recta. Si hay algún peligro, el padre emite un ronquido de advertencia, que reúne a sus hijos bajo su protección inmediata; si se separa para ahuyentar a algún enemigo, los charitos permanecen unidos en un solo montón, cuerpo con cuerpo, parados y visiblemente alarmados. Nunca he observado que se escondan entre los pastos, como lo hacen los charabones, cosa que realmente me ha llamado la atención; posiblemente lo harían si el macho disparara, como sucede con los silvestres. Son ambulantes con sus crías; pocas veces pernoctan en el mismo lugar, sino que lo hacen donde los toma la noche; antes que oscurezca completamente, ya está el progenitor echado y los charitos andan por allí cerca, ejecutando carreritas, hasta que la oscuridad los obliga a buscar refugio bajo el cuerpo protector.

La belicosidad había disminuído notablemente en el macho aquél; parecía que consagraba la vida a los suyos y que todo lo demás le interesaba poco; cuando más, nos corría algunos metros, roncando, con las alas abiertas, y tornaba rápidamente a sus chicos. Con las personas era tolerante, no así con otros animales, que osaban molestarlo. Mal le fué a una avutarda cabeza gris que se atrevió a atacarlo, ella también por

defender el espacio donde pastaban sus polluelos; la atropelló furioso, roncando estrepitosamente y haciendo retumbar el suelo con patadas indescriptibles; cuando el pobre cauquén quiso disparar, ya era tarde; fué alcanzado por una de aquellas terribles patadas que lo mató instantáneamente; su cuerpo quedó hecho papilla por la furia del cheuqué. Con semejante defensor, la cría estaba asegurada.

No me queda más que decir que todos se criaron muy bien, tan mansos como los padres, y que desde pequeños comieron en bateas, llamando la atención la robustez general, especialmente de piernas, comparándolos con los ñandúes. Dos murieron por accidente; los mataron unos ejemplares de ciervo europeo, a manotadas, animales de muy mal instinto y enemigos de todo lo débil.

En esta primavera pasada de 1943, el resultado ha superado nuestras esperanzas. Todos los ejemplares han empollado en mayor o menor número, mas como pienso completar estas notas, dejo a los lectores con el convencimiento de que el cheuqué ya es para nosotros un ave doméstica.
